

LA EXPERIENCIA ESTÉTICA

Introducción

Como todos sabemos, santo Tomás no dedicó ningún tratado a explorar el trascendental “pulchrum”. Dispersas en sus obras hallamos preciosas indicaciones, mas echamos de menos una exposición detallada de tan importante concepto, sobretodo cuando lo considera propiedad trascendente del ente¹, así como un estudio de las bellas artes.

No han faltado autores contemporáneos que se han dedicado a llenar este vacío. Quiero, en esta ocasión, llamar la atención sobre el mayor metafísico chileno, el P. Osvaldo Lira Pérez SS. CC.

Entre sus numerosas obras dedicadas al tema, se destaca su voluminoso “El Misterio de la Poesía”, en tres gruesos volúmenes². Mas ahora me dedicaré a exponer la doctrina que desarrolla en uno de sus trabajos menores: “Splendor Formae”, incluido en uno de sus últimos libros: “De Santo Tomás de Aquino a Velásquez, pasando por Lope de Vega”³. De los diversos aspectos estudiados en este capítulo, destacaré su análisis de la experiencia estética porque creo que hay en él una aportación valiosa a la reflexión filosófica.

Importancia de los sentidos

“Wagner decía que la música se oía con los oídos”⁴.

Con esta aserción, nuestro autor quiere destacar que la belleza sensible se capta mediante los sentidos y no gracias a la inteligencia. Tampoco sin ella, conviene aclarar desde el principio. Porque creo que nadie discutirá que los irracionales, aunque tengan sentidos más agudos que los nuestros, no dan señal alguna de experiencia estética. Podríamos completar el aforismo wagneriano agregando que la pintura se ve con los ojos. Más no se trata aquí del mero hecho cognoscitivo, sino de la experiencia estética propiamente dicha. Si se me permite la expresión, diremos que el arte se gusta con los sentidos corporales.

Proclamada la tesis, el P. Lira se apresura a observar que no se trata de caer en una suerte de materialismo, sino, tan solo, de respetar la realidad. Es experiencia de todos lo que estamos diciendo. No importa si entendemos lo que canta el tenor, igual gozamos con la melodía y el timbre de su voz. Tal parece que la inteligencia no tuviera función alguna en tal

¹ Ad primum ergo dicendum quod pulchrum et bonum in subjectum quidem sunt idem (...) sed ratione differunt. I. q.5, 4 ad 1.

² Además de numerosos artículos publicados en revistas especializadas, conviene recordar su “La Vida en Torno” que se abre con: “La belleza, noción trascendental”; su “Poesía y Mística en Juan Ramón Jiménez; su “Ortega en su Espíritu” en dos volúmenes, el primero de los cuales se dedica a exponer y criticar la metafísica y la estética del pensador español; su “De santo Tomás a Velásquez, pasando por Lope de Vega”.

³ Academia Superior de Ciencias Pedagógicas. Santiago de Chile. 1981.

⁴ Pág. 76.

percepción y goce. Sacar esta conclusión sería grosero. Es preciso llevar nuestro análisis con calma, sin prisas.

Porque, tal como lo enseña santo Tomás, nuestros sentidos no son como los de los animales irracionales, por la sencilla razón de que pertenecen a un ser racional, y la racionalidad les afecta por entero⁵.

No se trata de que nuestros sentidos tengan otro objeto formal o sean más agudos. Sabemos demás cuánto nos superan algunos animales en su equipamiento sensorial, incluso con sentidos de los que carecemos; pero la belleza no está a su alcance. ¿Por qué? Es también claro que sus órganos sensoriales son notablemente parecidos a los nuestros y que su objeto formal, el sensible propio, puede ser idéntico. Muchos animales ven los colores y captan las distancias, tal vez, mejor que nosotros. Otro tanto puede decirse de los sonidos. Pero no se embelezan ante un concierto.

Por lo cual resulta evidente que la inteligencia espiritual tiene su parte en la experiencia estética. Pero surge una duda. Esta experiencia acompaña al conocimiento de entes singulares y concretos que están fuera de su objeto propio. Lo que me causa placer es cómo se deslizan por la pista estos bailarines y no el concepto de bailar. Es la realidad concreta, no la abstracta, la que nos produce este goce.

Se impone, pues, profundizar el estudio del funcionamiento de nuestras facultades cognoscitivas en la experiencia estética.

Aceptemos, pues, que la música se oye con los oídos exclusivamente, y que es esta experiencia la que nos produce el placer estético. Pero también hay que comprender que, para que tal fenómeno se produzca, esos oídos han de ser humanos, específicamente humanos.

No nos basta con haber establecido que el arte se aprecia con los sentidos, vista y oído, principalmente, pues es preciso advertir, al mismo tiempo, que la inmensa mayoría de las sensaciones por ellos captadas no involucran experiencia estética alguna. No basta, pues, la sensación para obtener el goce apetecido. Por ello nos vemos en la necesidad de reconocer participación de la inteligencia en ello.

Por esto es forzoso recurrir a la filosofía del Angélico. En toda la historia de la filosofía, nadie ha explicado mejor la unidad del ser humano que él. Profundizando las enseñanzas del Estagirita, logró una visión unitaria no superada hasta hoy; si bien ha sido profundizada y completada en muchos aspectos.

⁵ Como los sentidos pertenecen al alma sustancial que les da el existir, conviene recordar cuánto separa a un alma de la otra: "Si anima sensibilis quae est in brutis, et anima sensibilis quae est in homine, collocarentur secundum se in genere vel specie, non essent unius generis; nisi forte logice loquendo, secundum aliquam intentionem communem". Q. D. De Anima, a. XI, ad 14.

Porque de esto se trata. Tal vez sea en la experiencia estética donde mejor advertimos la unidad del ser humano. Por lo mismo, es la experiencia que más nos complace, donde más a gusto nos hallamos. Y, agreguemos, si no tuviéramos cuerpo no accederíamos a ella. Por lo que hemos de rechazar todos los tipos de angelismo que han sido tan numerosos en la historia, como también el desprecio de nuestro aspecto corporal, tan del gusto de algunas espiritualidades. No. El dogma de la resurrección de la carne debería haber sido suficiente para impedir tales abusos. El cuerpo no nos abrumba; son las consecuencias del pecado original, pecado absolutamente espiritual, lo que nos ha desestabilizado y nos hace dolorosa la existencia corporal.

Más volvamos a nuestro tema.

Ocurre que vivimos por nuestra alma, simple y espiritual. De ella “emanan” tanto la inteligencia como los sentidos; primero aquélla, y de ella, éstos. Por lo cual, el alma es el sujeto de todas estas facultades. Ahora bien, como la sustancia es la causa material, ejemplar, eficiente y final de todos ellos, todos están enraizados en la misma alma y a ella se ordenan⁶. Al fin y al cabo, no son más que capacidades del mismo sujeto material-espiritual del que dimanen. Todo él material y todo él espiritual, aunque no en el mismo sentido. Esta unidad la expresamos diciendo “yo”. Por lo que afirmamos con propiedad: mi inteligencia, y con la misma exactitud: mis pies. Es que existo yo, no mi sustancia ni mis accidentes, sino yo. Éstos no son más que aspectos o capacidades mías y nada más. Ellos participan de mi existencia, no la tienen por sí mismos. Por eso hemos de reconocer que nuestra sensibilidad, tal como nuestra afectividad, está transida de espiritualidad. O si se prefiere, de inteligencia⁷. Porque, en definitiva, no son los accidentes los que actúan, sino la sustancia por medio de ellos. Y mi sustancia me la da mi alma, si me permiten la expresión. Es uno de los hallazgos de santo Tomás, que se le había escapado a Aristóteles, por lo que pudo pensar su inmortalidad sin abandonar la unidad hilemórfica del compuesto; problema ante el cual fracasaron los Santos Padres, recordemos, aunque sea ajeno a lo nos ocupa.

Podemos concluir que nuestros sentidos gozan de cierta “espiritualidad”, imperfecta, claro está, por cuanto son facultades de un ente espiritual-corporal. Por lo mismo, su conocimiento será más perfecto, aunque sea menos agudo, que el de los irracionales provistos de nuestros mismos sentidos. La mejor prueba de esta tesis radica en la capacidad estética de que están provistos y de la que carecen aquéllos.

⁶ Pág. 81.

⁷ Pág. 82.

No se trata, por supuesto, de que los ojos u oídos entiendan, acto propio de la inteligencia, sino de que ven y oyen “humanamente”; modalidad que no está al alcance de ningún irracional. Esta modalidad, que no se identifica con el mirar u oír estético, es su condición necesaria. Sin embargo, sin esta base espiritual, no habría experiencia estética.

Como ya dijimos, la mayoría de nuestros conocimientos sensoriales no van acompañados de placer estético. Para que éste se produzca, deben darse ciertas circunstancias especiales, y se darán mejor y más completas en cuanto poseamos una mejor educación estética. Necesitamos, pues, un cierto hábito que no se adquiere tan fácilmente, y que bien puede suceder que, mientras es apto para captar ciertas bellezas, sea inepto para otras, tanto o más maravillosas que aquellas. Recordemos cuánto despreciaron los renacentistas al arte medieval hasta el extremo de calificarlo de “gótico”, es decir, bárbaro; en condiciones que, cuando se alzaron esas magníficas catedrales, los godos habían desaparecido hacía ya varios siglos...

Todo lo cual nos hace comprender que esta experiencia se basa en ciertas condiciones subjetivas del observador; además, por cierto, de las objetivas que muestra el objeto que la produce. De aquí que sea tan común pensar que la belleza es algo enteramente subjetivo. No hay tal. No obstante, hay que reconocer que dichas condiciones subjetivas son absolutamente necesarias para lograr el placer estético. Todo se reduce a reconocer la misteriosa presencia de la inteligencia en él. A pesar de ser un asunto tan enigmático, nuestro autor se atreve a enfrentarlo y dar a conocer algunas sutiles explicaciones.

Presencia de la inteligencia

Porque es patente, como ya dijimos, que la experiencia estética se produce en los sentidos, incardinados en nuestra condición humana, por lo que participan de la presencia de la inteligencia; pero sin suponer, necesariamente, conceptualización alguna. Ésta puede darse e, incluso, ayudar a que se dé la experiencia estética; pero, como ya advertimos, gozamos un canto aunque no entendamos qué dice.

También dijimos que las facultades van emanando unas de otras y, en el orden del conocer, todas emanan de la inteligencia⁸. Por lo que nuestros sentidos están elevados desde su raíz a un orden superior al que todo animal pueda alcanzar. Ya advertía santo Tomás que nuestra estimativa se convierte en cogitativa por la presencia de la inteligencia en ella. Si bien

⁸ El ideo una potentia animae ab essentia animae procedit mediate alia (...) Sensus est enim quaedam deficiens participatio intellectus; unde secundum naturalem originem quodammodo est ab intellectu, sicut imperfectum a perfecto. I, q. 77, a7c.

en este sentido hay una mayor presencia de nuestra facultad superior, ha de darse también algo análogo en todos ellos. Creo que los ejercicios de la psicología de la Gestalt, que nos permiten experimentar el trabajo del sentido común, ilustran abundantemente este punto. La misma figura ambigua la vemos según cómo la piense la inteligencia. Nótese que la vemos con los ojos, mas notamos que están dirigidos, de alguna manera, por aquella.

Excluimos, pues, un conocimiento intelectualivo objetivante, un concepto. Es evidente que lo bello es un objeto perfectamente singular y concreto, no un concepto abstracto. No es el concepto de catedral, sino la mole pétreo que nos enfrenta, lo que nos subyuga por su belleza. El P. Lira aclara que estamos ante un conocimiento que implica una cierta inclinación o connaturalidad⁹.

Como advierte santo Tomás, la sustancia es causa material de sus accidentes. Como nuestra substancialidad proviene de nuestra alma espiritual, ella se halla implicada en toda sensación. Está soterrada en ella porque la causa material es siempre intrínseca al efecto. Por ello el influjo de la inteligencia en la sensación se reduce a su presencia, no a su actividad propiamente dicha. Está actuando de modo existencial, virtual, como raíz de la misma sensación por ser raíz de la facultad sensitiva. Por eso el sentido humano es tan diferente del sentido irracional y puede alcanzar la experiencia estética que aquél no puede.

LA EXPERIENCIA ESTÉTICA

Así, pues, hemos de definir esta experiencia como *“la actividad cognoscitiva sensorial de un sujeto inteligente implicado excepcionalmente en esa misma actividad”*¹⁰.

No basta, pues, la actividad sensorial; es necesario que pertenezca a un sujeto inteligente. Pero tampoco es suficiente con ello porque será necesaria también la excepcional implicación de ese sujeto en la experiencia. De allí que la inmensa mayoría de las sensaciones no producen placer estético alguno.

Por cierto que el objeto ha de contribuir con las conocidas notas que santo Tomás le atribuye a lo bello: integridad, proporción y esplendor¹¹. El P. Osvaldo se limita a explicarlas brevemente y a comprobar cuán difícil es su apreciación en los objetos artísticos creados por el hombre. Si hallamos en un parque una cabeza humana cercenada de su cuerpo, el horror nos invade. Sin embargo, alabamos esculturas en las que solo se muestra dicha cabeza. Lo mismo puede decirse de la proporción. ¿Quién no ha admirado las pinturas negras de la

⁹ Pág. 98.

¹⁰ Pág. 99

¹¹ I, q. 39, 8c; II-II, q. 140, 2c; q. 180, 2 ad 3;

Quinta del Sordo? Hay que reconocer que, al pintarlas, Goya no buscaba hacerse el amable. El más difícil de precisar es el esplendor. De alguna manera, la forma se patentiza al sentido corporal. Pero las formas son inmateriales. Claro que sabemos que incluso en los sentidos hay una primera abstracción que prescinde de la materia real de los objetos. El P. Lira piensa que se trata de una *transparencia*¹², que se presenta en el objeto que le sirve de vehículo y velo, al mismo tiempo. Por ello es tan indefinible el porqué hallamos bello algo. Todas las razones que podamos aducir sean quedan cortas. Más vale callar y gozar.

La gran diferencia, pues, entre una sensación normal y una estética radica en la presencia misteriosa de la inteligencia en esta última. No es que cambie el objeto formal de la sensibilidad ni que la inteligencia intervenga con su conocimiento abstracto, como ya dijimos. Es, más bien, una presencia existencial; y bien sabemos que lo existencial es superior entitativamente hablando a lo meramente formal. Pero hay algo más. Tanto en el autor como en el contemplador, debe darse una circunstancia subjetiva excepcional. El autor ha de plasmar algo de su propia personalidad en el artefacto y el espectador ha de haber cultivado sus facultades para poder captar ese tipo de belleza.

En efecto, podemos decir que nos hallamos ante algo bello cuando nos encontramos con una proyección destacada de alguna personalidad¹³, lo que se producirá bajo una situación especial que suele denominarse inspiración.

Dejando de lado tantas exageraciones románticas, nuestro autor reconoce que este estado implica un momento subjetivo de perfección en el creador. Lo normal es que se produzca después de mucho trabajo con la materia que le sirve para incorporar su obra bella. En él se da una particular unión del conocimiento y la afectividad, reforzándose mutuamente. Se da entonces una particular connaturalidad entre el creador y el artefacto creado. Éste responde de modo notable a lo que el creador quería expresar. Por ello se producirá el esplendor de la forma en él incorporada.

Digamos, para terminar, que el P. Lira no ignora que también hay belleza en artefactos enteramente espirituales, producidos por la inteligencia del pensador. En ellos, por cierto, es la inteligencia la que capta la belleza, mas no lo hace en tanto que comprende lo que se le dice, sino en cuanto está presente a ella misma; tal como lo dijimos respecto de la sensación estética. Porque lo que se comprende es abstracto y universal, pero el discurso que lo presenta, o el libro que lo contiene es material y singular. En la belleza espiritual, por lo tanto, además de comprender los inteligibles que se le presentan, la inteligencia halla la belleza por

¹² Pág. 89.

¹³ Pág. 101.

su presencia en la raíz del acto de comprenderlos. Las dos funciones que vimos se desarrollaban en la experiencia estética sensorial, se realizan también en la espiritual; pero, en este caso, ambas las realiza la misma inteligencia. Porque es obvio que ninguna intelección agota la capacidad de la inteligencia y que ésta está presente en cada uno de sus actos sobrepasándolos. Así como trasciende a los sentidos externos, se trasciende a sí misma, a sus actos y a sus hábitos¹⁴.

Porque la captación de la belleza es siempre una experiencia. No se trata de entender algo, operación abstracta de la inteligencia, sino de *gustarlo*, es decir, captarlo estéticamente. Es, claro está, una experiencia absolutamente interior que nuestro autor define del siguiente modo: “*experiencia interna del sujeto intelectual implicado excepcionalmente en sus actividades sensoriales e intelectivas*”¹⁵.

De este modo, la experiencia estética abarca al hombre entero, en su materialidad y en su espiritualidad. Por ello, la satisfacción estética es la más profunda que podamos gozar. Semejante conclusión lleva al P. Osvaldo a explicar, en el siguiente capítulo de su libro, el parentesco que se da entre la experiencia estética y la mística.

Como soy profesor y he agotado el tiempo que nos autoriza la dirección de la Semana, termino aquí mi exposición con la esperanza de haber despertado la natural curiosidad de los filósofos de modo que se acerquen a autor tan notable y beban en la fuente misma su aportación al desarrollo del tomismo en el siglo veinte.

Juan Carlos Ossandón Valdés

¹⁴ Pág. 104.

¹⁵ Pág. 114.